



Está en casa y sin peligro:

todo quedó en un buen susto

Pero, a pesar de su valor, a Enrique aún le quedan las huellas del susto en la cara. ¿Y a quién no, después de haber estado en el umbral del peligro, a las puertas de la tragedia? No habrá muchos chavales que puedan contar una historia semejante. No habrá tampoco, seguramente, muchos que puedan repetir la historia sin tartamudear, como nos la ha contado este chaval saladísimo que, afortunadamente, ya está en casa, entre los suyos, después de haber sido sometido a una cura de urgencia en el Sanatorio Velázquez, por el doctor Bujarrabal.

—El pequeño está totalmente fuera del peligro, nos dijo ayer el médico. Su estado, en la actualidad, es plenamente satisfactorio. Se le ha dado de alta y ya está en casa. Unicamente se le hará la revisión correspondiente y las oportunas curas. Pero ya le digo que no hay ningún peligro. Afortunadamente.

Enrique está levantado. Cuando fuimos a visitarle se encontraba en casa un amigo de la familia.

—¿Cómo ocurrió el accidente, Enrique?

—Casi no pude ni enterarme. Yo estaba de espaldas a la jaula y, de pronto, sentí un golpe muy fuerte en el hombro. La zarpa de la leona me había alcanzado.

—Por las trazas, parece tratarse del clásico golpe con el que estas fieras tratan de cercar a su presa. ¿Cómo conseguiste zafarte?

—Uno de los que estaban allí comenzó a dar paletazos a la leona. Ella debió retroceder entonces.

—¿Te duelen las heridas? Enrique hace una graciosa mueca.

—Bueno, ahora no. Sabemos que Enrique apenas vertió una palabra. Lo pasado, pasado.

—En una semana, como nuevo, nos dice el amigo. Y a no acercarse más por las jaulas. Que los leones no son buenos cristianos.

ciente del peligro que puede entrañar cualquier fallo en esta clase de operaciones.

El accidente de Enrique Treviño, afortunadamente, ha quedado en un susto. Pero asusta pensar lo que hubiera podido ocurrir de no haber conseguido que la fiera retrocediese. Conocida es la potencia de estos animales, la precisión de sus zarpazos, lo afilado de sus uñas. Todos recordamos accidentes espectaculares en los que a veces, han perdido la vida domadores expertos. Cual-

te el zarpazo frustrado de una leona del Circo Ruso, que se quedó con las ganas de aserrar el golpe mortal.

Pasado el peligro, vuelve la tranquilidad. Los accidentes tienen siempre un prólogo doloroso de noticias confusas. Siempre se es propicio, no se sabe por qué extrañas causas, a la exageración. Por fortuna, esta vez todo ha quedado en unos rasguños en la piel de un niño. Rasguños en los que ha quedado clara la ferocidad de la leona y sus intenciones.

**Enrique
es
un**

VALIENTE

Parece que el accidente se produjo en los preparativos inmediatos al montaje de la instalación del circo. Esto disculpa la responsabilidad de la empresa que, por otra parte, suele realizar sus trabajos con la mayor minuciosidad, con-

quier descuido resulta fatal.

Enrique ha pasado una experiencia aventurera que quizá no puedan contar avarados exploradores. Y la ha pasado sin apenas una lágrima. A los nueve años, en el umbral de la vida. No olvidará fácilmente

Las heridas de Enrique Treviño tardarán poco tiempo en cicatrizar. Bastante menos que su recuerdo. Nos alegramos en el alma de que el descalace haya sido feliz.

(Foto: HERCE)

Enrique Treviño es un chaval valiente. Enrique mira ahora la vida con ojos nuevos porque bien puede decirse que acaba de renacer. En la tarde del miércoles, el niño fue atacado por una leona en el Circo Ruso, según informábamos en nuestro número de ayer. Fueron unos instantes en los que se masó la tragedia. Instantes que le servirán al protagonista de nuestra historia para mirar con respeto, durante toda su vida, a las jaulas de las fieras. Esos lugares en los que se despierta la curiosidad infantil, mientras la imaginación juega con selvas misteriosas y valerosos exploradores.

